

indicado la cabaña del chileno, caminaba cantando hacia el puente colgante, con la cabeza, no cargada con un cántaro, sino adornada con las campánulas que colocaba en sus cabellos cuando le habló. En el acto preví que era la rival de Florencia, y me causó piedad la desgraciada hija de Cristino Vergara. Me acerqué á Florencia con el pretexto de aguardarla: con mano temblorosa recogía los pedazos del cántaro esparcidos en el musgo.

— Vaya usted á advertirle, me dijo con voz imperiosa y conmovida, que si le habla á esa muchacha, hago que mi padre nos dé á los dos de puñaladas.

— ¿Á quién he de ir á hacer esa advertencia?

— Á Saturnino.

— ¡Á Saturnino!... repetí yo espantado. ¡Y qué! ¿la hija de Cristino Vergara ama á Saturnino Vallejo?

— Sí, lo amo, y ya sabe usted ahora que corren riesgo nuestras vidas si le digo á mi padre una sola palabra. Vaya usted, yo se lo suplico; Dios le pagará á usted esta obra de caridad. Encontrará usted á Saturnino en el puente de bejucos.

En aquel momento, el gaucho y el capitán aparecieron en la puerta de la cabaña. Comprendí que no debía vacilar, y me alejé antes que el capitán me hubiese visto, mientras que la joven entraba en la cabaña.

Caminando á pasos lentos hacia el frente, hice la siguiente reflexión: ¿Correspondía Saturnino á Florencia el amor que ésta no había podido ocultarle? Y en caso contrario, el imprudente que se atreviese á ir á turbar aquella cita amorosa, ¿no se exponía á ser muy mal recibido? Sin embargo, me persuadí de que hay en la pasión violenta y real un irresistible imperio, que somete á su yugo á los que la han causado, sobre todo cuando unen al magnetismo de la pasión el no menos poderoso de la juventud y de la belleza. Adelantéme, pues, hacia el puente, seguro de encontrar á Saturnino, á pesar de las provocaciones de la joven de las campánulas rojas, en una situación de espíritu y de corazón semejante á la de Florencia. Caminé, sin embargo, hacia el objeto de mis investigaciones con



la prudencia del naturalista, que quiere estudiar las costumbres de los tigres ó de los leones en sus bosques natales: no debe olvidarse que allí no había barras de hierro como en las jaulas para defenderlo, y yo no dejaba de considerar que, en aquel punto salvaje, ni había alcalde ni gendarme á quienes pedir protección.

Á medida que me adelantaba como parlamentario, el silencio que me rodeaba era cada vez más profundo. El ruido y las luces que se escapaban de las cabañas, se habían ido apagando gradualmente; á pocos momentos no escuché más que el susurro casi imperceptible del riachuelo, y las vibraciones ligeras de los bejucos, al impulso de algunas ráfagas de viento. Al estremecimiento de las palmas sonoras, se mezclaban algunas veces las voces ó los cantos lejanos de la población. Escuché con mucha atención, y traté en vano de distinguir entre los murmullos confusos de las cabañas, de los bosques ó del riachuelo, la voz de Saturnino ó la de la coqueta aldeana que parecía perseguirlo. Ninguna planta humana pisaba las hojas secas ó el musgo, ni labio alguno producía el más ligero murmullo. Todo esto me pareció un triste presagio para la pobre Florencia. No había separado mi vista de la dirección del puente, y sin embargo, no había

visto volver á la que yo llamaba su rival, y que se había adelantado confiada en una hermosura, que estaba muy lejos de igualar á la de Florencia. Había, pues, traición, á no dudarlo, y no pude dejar de sentir un amargo desengaño: tanto amor merecía mejor correspondencia. Incierto sobre si debía volver á anunciarle aquella funesta noticia, atravesé el puente colgante, y me encontré en el lugar en donde había puesto el pie una hora antes: todo estaba desierto y silencioso. La luna sólo alumbraba una vasta soledad, las elevadas ramas en donde brillaban las luciérnagas, y chillaban continuamente las cigarras, y las cimas de las palmeras que proyectaban sus sombras en el llano. Aquel paisaje nocturno entristecía la vista y el corazón.

Después de haber dado algunos pasos, siguiendo el curso del riachuelo, tomé la dirección opuesta; en fin, ya no me quedó duda que Saturnino había desaparecido; así es que retrocedí á la cabaña del gaucho. Florencia espiaba mi vuelta con febril impaciencia. Á pesar del chasco que había yo llevado, procuré tranquilizarme cuando llegó á mi encuentro.

— ¿Halló usted á Saturnino? me preguntó con voz breve.

— Ya hice lo que usted me ordenó.



Creía salir del apuro con aquella respuesta evasiva; pero las mujeres, cuando aman, son extraordinariamente perspicaces.

— ¿Lo ha visto usted? añadió, ¿cómo es?

En aquel momento era disculpable mi embarazo.

— Es falso; usted no lo ha visto, añadió Florencia poniéndose pálida.

Y mi silencio confirmó sus dudas. Su vigorosa naturaleza vaciló un momento ante una terrible realidad, la de la infidelidad de Saturnino. Dos lágrimas corrieron por sus largas y negras pestañas: fueron las únicas. Recogiendo en seguida todas las fuerzas de su corazón lastimado, entró silenciosamente en la cabaña paterna. Sentéme enfrente de la puerta, con ese temor que se siente cuando se ve humear la mecha que va á determinar la explosión de una mina cargada. El fogoso temperamento de Florencia iba á hacer estallar la tempestad que amenazaba hacia un momento. La vi estremeciéndose acercarse á su padre, y conducirlo á la pieza contigua. El capitán, que había llegado al lugar en que me encontraba, observó mi tristeza. Le había confiado mi inquietud respecto á las sospechas del gaucho sobre su hija; cuando le manifesté que Florencia amaba á Saturnino Vallejo, cuando le hablé

del celo furioso de la joven y de mi inútil excursión al puente, D. Ruperto frunció las cejas, y dijo con cierta alegría que ocultaba mal su descontento:

— ¡Caramba! ¡doble venganza! Saturnino y Villaseñor. Son suficientes motivos para que no cenemos esta noche.

Un grito furioso que resonó en la cabaña del gaucho, interrumpió á D. Ruperto. Cristino entró en la pieza en que estaba la hoguera, que iluminaba sus facciones, animadas por pasiones fogosas, y más terribles que las de su hija.

— ¡Castaños! exclamó el gaucho, es usted mi huésped y mi amigo, y me ayudará usted á vengar el honor de mi nombre. El hijo de Vallejo ha deshonrado á mi hija: ella misma acaba de confesármelo, y el que le ha robado su honor, se encuentra en estos bosques... Á usted le hago la misma súplica, caballero, me dijo: así, pues, á caballo, á caballo.

Era inútil discutir en aquel momento con el gaucho; valía más, fingiendo ayudarlo en sus proyectos de venganza, aprovechar la ocasión de salvar al que amenazaban, si nos era posible. Corrimos, pues, á ensillar nuestros caballos, y en pocos minutos estuvimos dispuestos para una excursión nocturna hacia la cabaña



de Saturnino. En el momento de montar á caballo vi al gaucho que, además de la reata atada en las ancas del caballo, se ceñía el cuerpo con una correa de cuero, dividida en tres ramales, de los que dos eran del mismo tamaño. Cada uno de los tres ramales tenía en la punta una bola formada de cuero, del tamaño de una naranja. Era el arma del gaucho, más formidable que la reata. Antes de alejarme con mis dos compañeros, dirigí la última mirada al interior de la cabaña: la madre y la más joven de las hijas sollozaban en un rincón de la pieza común, y á algunos pasos de distancia estaba Florencia acurrucada, cubierta la cabeza con su *rebozo*.

En primer lugar, dirigimos nuestros caballos al puente de bejucos: estaba desierto como yo lo había dejado; después de haber dirigido una mirada á su derredor, Cristino se apeó precipitadamente del caballo, y se inclinó para examinar las huellas; saltó en seguida el puente, y fué á continuar al otro lado sus investigaciones. El capitán y yo aguardamos el resultado de sus pasos, sin dirigirnos una sola palabra, y como el tiempo avanzaba, eché pie á tierra. Nunca había visto, sino con grandísimo interés, á los indios y á los mestizos del Nuevo Mundo, interrogar á la tierra

como á un libro misterioso. Marché, pues, á reunirme con el gaucho. Repentinamente, mis ojos que, fijos en él, se hallaban naturalmente inclinados al suelo, se fijaron en un ramillete, que sólo había podido olvidar en aquel lugar una de las más coquetas y bonitas muchachas del pueblo. El ramillete estaba formado de flores silvestres, atadas por una rama de *zinticle* (1) aromático. Mi primer pensamiento fué que aquel indicio podía tener algún valor en las circunstancias en que nos encontrábamos, y volví al lado del capitán, que nos esperaba pacientemente á la entrada del puente.

— Mire usted lo que acabo de encontrar, le dije.

— ¡Un ramillete! Sin duda es un mensaje simbólico para Florencia; es preciso, á toda costa, entregárselo.

Lo más difícil era ejecutar aquel proyecto sin llamar la atención de Cristino, y yo iba á lanzarme á pie á la cabaña, cuando, terminando su examen, el gaucho exclamó:

— ¡Á caballo! ya sé ahora hacia qué punto debemos dirigirnos.

(1) Especie de junco, cuya raíz da, por su infusión en el agua, un olor suave y agradable, que sirve para perfumar la ropa blanca.



El chileno pasó el puente, montó á caballo, y tomó la delantera al galope; felizmente siguió la dirección de su cabaña. La única calle del pueblo que atravesamos se hallaba sumergida en una completa obscuridad. Algunos curiosos, adivinando tal vez la causa de las idas y venidas de Cristino, aparecían en las puertas de las cabañas. Silencioso el gaucho, ni siquiera saludaba á sus vecinos, y continuaba su carrera en medio de los ladridos de los perros. El capitán y yo, muy contrariados de andar tras las aventuras, en lugar de cenar, no hablábamos una palabra. Sólo en una cabaña no dormían, y aun había luz: en la de Florencia. Mis dos compañeros pasaron por delante de la cabaña como un huracán; conteniendo ligeramente mi caballo, tuve tiempo para arrojar el ramillete por la puerta abierta, á los pies de la persona á quien lo creía destinado, sin que ninguno me hubiese visto. Observé á la joven, que se estremeció al recoger las flores simbólicas, y proseguí mi camino al galope.

Después de haber dejado á nuestras espaldas el pueblecillo de Palos Mulatos, nos internamos en un sendero, que bajo los arcos de verdura de que estaba cubierto, habría parecido sombrío como un subterráneo, si la luna no hubiese logrado deslizar algunos

rayos, por entre los raros intersticios de las ramas entrelazadas. Caminábamos por el centro de un bosque virgen. Algunas veces galopando detrás del gaucho, nos veíamos obligados á inclinarnos sobre la silla, para salir de aquella vegetación parásita, que por todas partes nos envolvía. Los enormes abanicos de las palmeras obstruían á cada paso nuestro camino. En la tierra blanda y esponjosa de la vereda, el paso de nuestros caballos no producía el menor ruido, respetando las nocturnas armonías de aquellos bosques espléndidos. Al cabo de media hora de galope, dimos vuelta repentinamente á la izquierda por un sendero más estrecho, que atravesaba la primera vereda, y que nos condujo á una cabaña pequeña, vivamente iluminada por la luz de la luna. Gigantescos nopales extendían sobre el techo de la cabaña, como verdes persianas, sus abanicos de pencas agudas. El gaucho arremetió impetuosamente su caballo hacia la cabaña.

— Aquí vive, nos dijo, el hombre que conoce mejor estos bosques; él solo puede decirnos en dónde debemos buscar á Saturnino. ¡Hola! Berrendo: ¿duerme usted?

Nadie respondió, y el chileno impaciente dió ruda-



mente algunos golpes con el puño de su espada á la débil pared de carrizos. Á los redoblados golpes que se sucedían, respondió al fin un hombre :

— ¿Quién me llama? ¿qué ruido es ese?

— Yo soy.

— ¿Quién es usted? preguntó la voz.

— Cristino Vergara.

Oímos abrir la puerta, y un hombre de un rostro no menos feroz que el del chileno, apareció en el umbral. Aquel hombre, de talle elevado, era flaco, nervioso y fuerte como uno de esos bejucos que es difícil cortar con el hacha; en su rostro tostado, en sus facciones movibles, se notaba una mezcla singular de audacia, de bondad y de ironía. Como verdadero cazador mexicano, siempre dispuesto á abandonar su lecho de césped para seguir la pista de un ciervo ó de un jaguar, el habitante de la cabaña dormía vestido, con su traje de cuero leonado, que se componía de una chaqueta y un pantalón, muy ajustado en la cintura. Permaneció un momento inmóvil en el umbral de su cabaña, y dirigió sucesivamente sus miradas á cada uno de nosotros, como interrogándonos. Parecía que aguardaba nuestras preguntas; Vergara fué el primero que rompió el silencio.

— ¿Está Saturnino en el *Palmar*?... preguntó el gaucho.

— Debe estar; ¿por qué me lo pregunta usted?... ¿cree Cristino Vergara que el hijo de Vallejo está de más en el mundo?

— Sí.

Esta lacónica y terrible contestación no pareció sorprender á Berrendo.

— Pues bien, añadió, la noche será buena para usted, Cristino. Tal vez mañana habrán caído en la red dos enemigos, en lugar de uno.

— ¿Qué quiere usted decir?

— ¿Recuerda usted un oficial español, que fué su prisionero, y que se llamaba Villaseñor?... preguntó Berrendo.

Castaños y el chileno se dirigieron una mirada de inteligencia.

— Sí, contestó Vergara, ¿y qué?

— Estaba yo hace una hora en la laguna de la Cruz, dijo Berrendo; espiaba yo la llegada de un ciervo que había inútilmente perseguido, cuando un jinete se acercó á la laguna para dar agua á su caballo. Juzgué á propósito observar aquel hombre antes de presentarme á su vista, y lo ví que acometió al caballo dentro



del agua, y á pocos momentos se detuvo á la orilla. Quitóse el sombrero de paja, como para aspirar con más comodidad las frescas emanaciones del lago, y entonces fué cuando reconoci, á pesar de su espesa cabellera blanca, á aquel condenado español, cuyas facciones no se horrarán jamás de mi memoria. Mi primer movimiento fué preparar mi carabina.

— Su primer movimiento de usted fué bueno, ¡caramba! ¿cuál fué el segundo?

— Reflexioné que tal vez no estaría solo el jinete, y que el estallido de la carabina podría atraer á sus compañeros. Recurrí entonces á un medio que siempre me ha producido buenos resultados cuando he querido sorprender á un enemigo, sin gastar mi pólvora.

— Ya adivino, interrumpió Cristino: hizo usted una quemada. (1)

— Sí, y buena. Prendí fuego á las cuatro esquinas del bosque, alrededor del estanque de la Cruz. Lo que me decidió á poner en práctica este medio, fué que Villaseñor, después de haber dado agua á su caballo, salió de la laguna, echó pie á tierra, y se recostó para dormir debajo de un palmero. Yo le preparé una sor-

(1) Uno de esos incendios que los cazadores mexicanos no temen causar, cuando no tienen otros medios de apoderarse de su presa. -- N. del A.

presa para el momento en que despertara. Mire usted, ¿no percibe el humo que el viento trae de su lado?

— ¡Sea enhorabuena! respondió Cristino; ya reconozco á mi antiguo camarada. Y bien, capitán Ruperto, ¿qué dice usted del expediente?... Ya estamos libres de Villaseñor; no debemos pensar más que en Saturnino, que no se nos escapará. Marchemos, pues, al Palmar.

Algunos momentos después nos hallábamos muy lejos de la cabaña del cazador de ciervos, tan experto en los incendios. Á poco tiempo llegamos á un lugar donde el camino se estrechaba de tal manera, que fué necesario caminar uno tras otro; y aun así, era tan reducido el paso, que sólo podíamos avanzar muy poco á poco. El gaucho marchaba á la cabeza, lo seguía inmediatamente D. Ruperto, y yo cerraba la marcha á corta distancia de mis compañeros. En fin, después de haber caminado de aquella manera incómoda por algunos instantes, llegamos á una especie de encrucijada, en donde se cruzaban diversas veredas. El gaucho tomó una de ellas, con el fin de examinar algunas huellas que acababa de distinguir, y después de habernos suplicado que lo esperáramos un momento, no tardó en desaparecer. Habiendo quedado solo con D.



Ruperto, aproveché la ocasión para hablarle con franqueza.

— ¿Sabe usted, mi querido capitán, le dije, que el papel que nos están haciendo representar es demasiado singular? Yo no sé cómo calificará usted la acción, á cuyo buen resultado estamos contribuyendo.

— ; Hum! hace veinticinco años que le habría yo dado á esto el nombre de una emboscada; hoy...

— Yo la llamo una alevosía, le contesté interrumpiéndolo. Es evidente que el gaucho espera sorprender á ese pobre joven, como Berrendo sorprende á los animales del bosque. Yo, declaro que no quiero ser el cómplice de un asesinato; digo más, quiero impedirlo y cuento con usted para que me ayude.

— Usted no obra mal; pero el honor tiene, algunas veces, exigencias crueles. El gaucho es uno de mis antiguos compañeros de armas; yo no puedo abandonarlo en este momento sin pasar por un cobarde.

Convine con el capitán que, bajo el punto de vista que juzgaba el negocio, tenía razón; pero yo no tenía los mismos motivos que él para resignarme á un papel pasivo, y le pregunté lo que me aconsejaba que hiciese para impedir que la desagradable aventura en que nos habíamos empeñado tuviera un desenlace trágico.

— Lo que debe usted hacer es muy sencillo: ese sendero que ve usted ahí, y por el cual dió vuelta Cristino, conduce, rodeando camino, al Palmar. Sígalo usted por algunos momentos, apéese usted; ate su caballo sólidamente á algún árbol; intérnese usted á pie en el bosque; camine con la luna de frente y llevando su sombra á la espalda: así no podrá usted dejar de llegar al Palmar, y si logra usted hallarse allí antes que nosotros, tanto mejor. Yo disculparé lo mejor que pueda su desaparición.

Agradecí al capitán sus consejos, y me alejé por el sendero que me había indicado.

